



Capítulo 12

La duodécima noche

Robert ya no soñaba. No había peces gigantes que quisieran tragárselo, ni hormigas que treparan por sus piernas, incluso el señor Bockel y sus muchos, muchos gemelos le dejaban en paz. No resbalaba, no era encerrado en ningún sótano, no se helaba de frío. En una palabra, dormía como no había dormido nunca.

Eso estaba bien, pero a la larga resultaba también un poquito aburrido. ¿Qué pasaba con el diablo de los números? ¿Quizá había tenido una buena idea y no podía demostrarla? O se había enredado en sus superficies polípicas (o como se llamaran esas cosas de las que había hablado la última vez).

¿Se habría simplemente olvidado de Robert?

¡Adiós a los sueños!, habría significado eso. Y ésa era una idea que a Robert no le gustaba nada. Su madre estaba asombrada, porque pasaba horas en el jardín dibujando nudos y redes en un papel para averiguar la forma más sencilla de visitar uno tras otro a todos esos amigos de América que no tenía.

-Es mejor que hagas tus deberes -decía entonces.

En una ocasión, el señor Bockel le pilló escondiendo una hoja bajo el pupitre durante la clase de Matemáticas.

-¿Qué tienes ahí, Robert? ¡Enséñamelo!

Pero Robert ya había hecho una bola con el papel con el gran triángulo de números de colores y le había tirado la pelota a su amigo Charlie. Charlie era de confianza. Él se encargaría de que el señor Bockel no llegara a saber lo que Robert se traía entre manos. Una noche, volvió a dormirse tan profundamente y sin soñar que ni siquiera se dio cuenta de que alguien estaba llamando a golpes a su puerta.

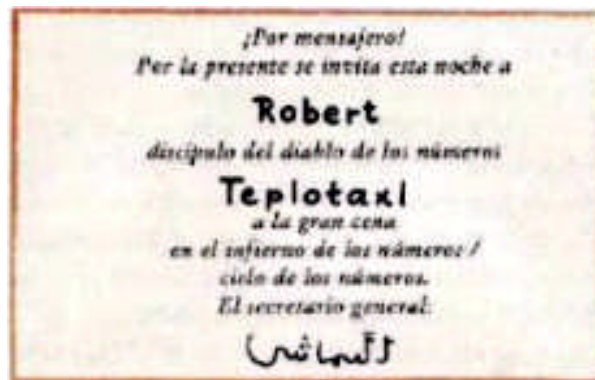
-¡Robert! ¡Robert!

Pasó un rato largo hasta que despertó. Se levantó de la cama y abrió. Era el diablo de los números.

-Aquí estás al fin -dijo Robert-. Ya te echaba de menos.



-Rápido -dijo el anciano-. ¡Ven! Tengo una invitación para ti. ¡Toma!
Sacó de su bolsillo una tarjeta impresa con los
bordes dorados y las letras en relieve. Robert leyó:



La firma era un garabato ilegible, con aspecto de ser persa o árabe.

Robert se vistió tan rápido como pudo.

-¿Así que te llamas Teplotaxi? ¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

-Sólo los iniciados pueden saber cómo se llama un diablo de los números -respondió el anciano.

-¿Entonces ahora soy uno de ellos?

-Casi. De lo contrario no habrías recibido invitación.

-¡Qué curioso! -murmuró Robert-. ¿Qué significa esto de: «en el infierno de los números / cielo de los números»? O es una cosa u otra.

-Oh, ¿sabes?, paraíso de los números, infierno de los números, cielo de los números... en el fondo es todo lo mismo -dijo el anciano.

Estaba al lado de la ventana, y la abrió de par en par.

-Ya lo verás. ¿Estás listo?

-Sí -dijo Robert, aunque todo el asunto le resultaba un poco inquietante.

-Entonces súbete a mis hombros.

Robert temía resultar demasiado pesado al enjuto diablo de los números, porque sabe Dios

que no era ningún gigante. Pero no quiso contradecir-le. Y... mira tú por dónde, apenas estuvo sentado en los hombros del anciano, el maestro dio un fuerte salto y salió volando con Robert.

Una cosa así sólo puede pasar en sueños, pensó Robert.

Pero ¿por qué no? Un viaje por los aires sin motor, sin abrocharse los cinturones, sin la tonta azafata que siempre le ofrece a uno juguetes de plástico y cuadernos para colorear, como si uno tuviera tres años... ¡era un bonito cambio! Tras un silencioso vuelo, el diablo de los números acabó aterrizando con suavidad en una gran terraza.

-Aquí estamos -dijo, y bajó a Robert.

Se encontraban delante de un palacio alargado, espléndido y luminoso.

-¿Dónde está mi invitación? -preguntó Robert-. Creo que me la he dejado en casa.

-No importa -le tranquilizó el anciano-. Aquí entra todo el que realmente quiere. ¡Pero quién sabe dónde está el paraíso de los números! Por eso son los menos quienes lo encuentran.

De hecho, los altos batientes de la puerta estaban abiertos, y nadie se preocupó de los visitantes. Entraron y llegaron a un pasillo de inaudita longitud, con muchas, muchas puertas. La mayoría estaban entornadas, o totalmente abiertas.



Apenas estuvo sentado en los hombros del anciano, el diablo de los números salió volando con Robert. Una cosa así sólo puede pasar en los sueños, pensó Robert.

Robert echó una mirada curiosa al primer cuarto. Teplotaxl se llevó el índice a los labios y dijo:

-¡Psss!

Dentro había un hombre viejísimo, de cabellos blanquísimos y enoorme nariz. Hablaba consigo mismo:

-Todos los ingleses son mentirosos. Pero ¿qué significa que yo diga eso? Al fin y al cabo yo también soy inglés. Así que también miento. Pero entonces lo que acabo de afirmar, que todos los ingleses mienten, no puede ser cierto. Pero, si dicen la verdad, entonces también lo que he dicho antes tiene que ser verdad. ¡Así que mentimos! -mientras murmuraba de este modo, el hombre no cesaba de caminar en círculos.

El diablo de los números hizo una seña a Robert, y siguieron adelante.

-Ese es el pobre Lord Russell -explicó el guía a su invitado-. Ya sabes, el que demostró que $1 + 1 = 2$.

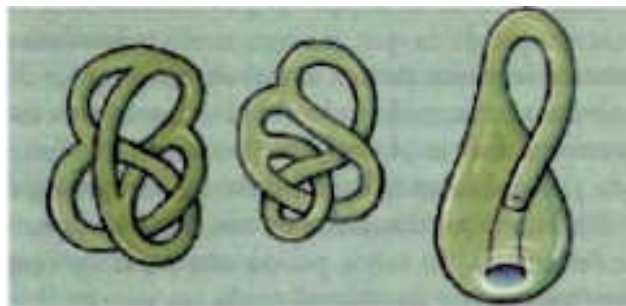
-¿No está un poco chiflado? Tampoco sería sorprendente. Al fin y al cabo es viejísimo.

-¡No creas! Este tipo es muy inteligente. Además, ¿qué significa viejo aquí? Lord Russell es uno de los más jóvenes de la casa. Todavía no lleva a las espaldas ni 150 años.

-¿Tenéis otros aún más viejos aquí en el palacio?

-Enseguida lo verás -dijo Teplotaxl-. En el infierno de los números, es decir, en el cielo de los números, nadie muere.

Llegaron a otra puerta, que estaba abierta de par en par. En la habitación había un hombre tan diminuto que Robert sólo lo descubrió tras larga búsqueda. El cuarto estaba lleno de objetos curiosos. Unos cuantos de ellos eran grandes trenzas de cristal. Al señor Bockel le gustarían, pensó Robert, aunque no se pueden comer y tienen extra-ñas formas. Estaban enredados de manera curiosa y tenían muchos huecos. Y también había una botella de cristal verde.



-Mírala atentamente -le dijo al oído el diablo de los números a Robert-. En esa botella no se sabe qué está dentro y qué fuera.

Robert pensó: ¡No es posible! Una botella así sólo existe en los sueños.

-Imagina que quisieras pintarla de azul por dentro y de rojo por fuera. No se puede. No tiene borde en ningún sitio. Nunca sabrías dónde termina la parte roja y dónde empieza la azul.

-¿Y la inventó ese señor diminuto de ahí? Cabría cómodamente en su propia botella.

-¡No tan alto! ¿Sabes cómo se llama? ¡Señor Klein! En alemán su nombre significa pequeño. Ven, tenemos que seguir.

Pasaron por delante de muchas otras puertas. A menudo colgaba en ellas un cartel que decía: Se ruega no molestar. Se detuvieron ante otra puerta abierta. Las paredes y muebles de la habitación estaban cubiertos de un fino polvo.

-Esto no es polvo normal -dijo Teplotaxl-. Tiene más granitos de los que es posible contar. Y lo más estupendo es que, si coges tanto polvo como cabe en la punta de una aguja, en ese poquito de polvo está contenido todo el polvo que hay en es-te cuarto. Éste es el profesor Cantor, que inventó este polvo. En latín, Cantor quiere decir cantante.

Realmente, se oía cantar en voz baja al habitan-te del cuarto, un señor pálido con perilla y ojos penetrantes:

-¡Infinito por infinito es igual a infinito! -y mientras lo decía bailoteaba nervioso en círculos. Superinfinito por infinito es igual a superinfinito.

Sigamos rápido, pensó Robert.

Su amigo llamó educadamente a una de las siguientes puertas, y una voz amigable dijo:

-Adelante.

Teplotaxl tenía razón, todos los habitantes del palacio eran tan viejos que el diablo de los números, comparado con ellos, parecía un muchacho. Pero los dos ancianos que encontraron ahora daban una impresión muy vivaz. Uno de ellos tenía los ojos muy grandes y llevaba una peluca.

-Por favor, adelante, caballeros. Mi nombre es Euler, y éste es el profesor Gauss.

El último tenía un aspecto severo, y apenas levantaba la vista de sus papeles. Robert tuvo la sensación de que la visita no le era especialmente bienvenida.

-Precisamente estábamos charlando acerca de los números de primera -dijo el amigable-. Seguro que sabe usted que se trata de un tema interesantísimo.

-Oh, sí -dijo Robert-. Nunca se sabe cómo tratar con ellos.

-En eso tiene razón. Pero con ayuda de mis colegas sigo esperando aún hallar su pista.

-¿Y qué está haciendo el profesor Gauss, si me permite la pregunta?

Pero éste no quiso revelar en qué estaba pensando.

-El señor Gauss ha hecho un descubrimiento muy sorprendente. Se dedica a una clase de números enteramente nueva. ¿Cómo la ha llamado, querido amigo?

-Si -dijo el señor de mirada severa, y eso fue todo lo que dijo.

-Se trata de los números imaginados -explicó Teplotaxl-. Por favor, caballeros, disculpen la molestia.

Y así siguieron. Se asomaron un momento a ver a Bonatschi, cuyo cuarto hervía de liebres. Luego pasaron por delante de habitaciones en las que trabajaban, charlaban y dormían indios, árabes, persas e hindúes, y cuanto más avanzaban más viejos parecían los ocupantes.

-Ése de ahí, que parece un marajá -dijo Teplotaxl-, tiene por lo menos dos mil años.

Las habitaciones ante las que pasaban se iban haciendo cada vez más grandes y espléndidas, hasta que al fin el anciano se encontró junto a Robert delante de una especie de templo.

-Ahí no podemos entrar -dijo el diablo de los números-. Ese hombre vestido de blanco es tan importante que un pequeño diablo como yo ni si-quiera puede dirigirse a él. Viene de Grecia, y lo que ha inventado supera todo lo demás. ¿Ves los azulejos del suelo? Estrellas de cinco puntas y pentágonos. Quería cubrir todo el suelo con ellos, sin que quedara ni una ranura, y cuando no pudo descubrió los números irrazonables. El rábano de cinco y el rábano de dos. ¿Te acuerdas de lo enrevesados que son esos números?

-Claro que sí -aseguró Robert.

-Se llama Pitágoras -le susurró el diablo de los números-. ¿Y sabes qué otra cosa inventó? La pa-labra Matemática. Bueno, estamos llegando.

La sala en la que entraron era la más grande que Robert había visto nunca, más grande que una catedral y más grande que un polideportivo, y mucho, mucho más hermosa. Las paredes estaban decoradas con mosaicos de cambiantes diseños. Una gran escalera exenta llevaba hacia arriba, tan alto que no se veía su final. En un rellano había un trono dorado, pero estaba vacío.

Robert se asombró. No se había imaginado tan lujosa la vivienda del diablo de los números.

-¡Qué infierno ni qué demonios! -dijo-. ¡Un paraíso es lo que es esto!

-No digas eso. ¿Sabes?, no me puedo quejar, pe-ro a veces, por las noches, cuando no avanzo con mis problemas, ies para volverse loco! Sólo se está a un paso de la solución, y de pronto uno se topa con un muro... ieso es el infierno!

Robert guardó silencio, diplomáticamente, y miró a su alrededor. Sólo ahora veía una mesa ca-si interminable, puesta en medio de la sala. Alinea-dos contra la pared había criados, y justo al lado de la entrada vio a un tipo alto como un árbol, con un mazo en la mano. El hombre tomó impulso y

golpeó el mazo contra un gran gong que resonó en todo el palacio.

-Ven -dijo Teplotaxl-, nos buscaremos un sitio allí al final.

Mientras tomaban asiento al final de la mesa, entraron los diablos de los números más importantes. Robert reconoció a Euler y al profesor Gauss, y también a Bonatschi, que llevaba una liebre en el hombro. Pero a la mayoría de esos caballeros no los había visto nunca. Había entre ellos egipcios que avanzaban solemnemente, hindúes con puntos rojos en la frente, árabes con chilaba, monjes con cogulla y también negros e indios, turcos con sables curvos y americanos vestidos con vaqueros.



Robert estaba asombrado de cuántos diablos de los números había y qué pocas mujeres había entre ellos. Vio como máximo seis o siete figuras femeninas, y al parecer tampoco se les tomaba especialmente en serio.

-¿Dónde están las mujeres? ¿No pueden entrar aquí? -preguntó.

-Antes no querían saber nada de ellas. Las Matemáticas, se decía en el palacio, son cosa de hombres. Pero creo que eso va a cambiar.

Los miles de invitados se acercaron a sus sillas musitando saludos. Entonces, el hombre enorme de la entrada golpeó una vez más en el gong, y se hizo el silencio. En la gran escalera apareció un chino con ropas de seda y tomó asiento en el trono dorado.

¿Quién es? -preguntó Robert.

Es el inventor del cero -susurró Teplotaxl.

¿El es el más grande?

El segundo más grande -dijo el diablo de los números-. El más grande de todos vive allí arriba, donde termina la escalera, en las nubes.

¿El también es un chino?

¡Si yo lo supiera! No lo hemos visto ni una so-la vez. Pero todos lo respetamos. Él es el jefe de todos los diablos de los números, porque inventó el uno. Quién sabe, quizá ni siquiera sea un hombre. ¡Quizá sea una mujer!

Robert estaba tan impresionado que mantuvo la boca cerrada durante largo tiempo. Entretanto, los criados habían empezado a servir la cena.

-Son tartas -exclamó Robert.

-¡Psss! No tan alto, muchacho. Aquí sólo comemos tartas, porque las tartas son redondas y el círculo es la más perfecta de todas las figuras. Prueba.

Robert nunca había comido algo tan sabroso.

-Si quieres saber lo grande que es una tarta, ¿cómo lo harás?

-No lo sé. Tú no me lo has contado, y en el colegio aún estamos con las trenzas.

-Para eso te hace falta un número irrazonable, el más importante de todos. Ese caballero sentado a la cabecera de la mesa lo descubrió hace más de dos mil años. Uno de los griegos. Si no lo tuviéramos, es posible que hoy siguiésemos sin saber con exactitud lo grande que es una tarta, o nuestras ruedas, nuestros anillos y nuestros tanques de gasolina.

Sencillamente, todo lo que es redondo. Incluso la Luna y nuestra Tierra. Sin el número pi no hay nada que hacer.

Mientras, se oía un zumbar y un bullir en la sala, de lo animadamente que charlaban los diablos de los números. La mayoría comía con apetito, sólo algunos miraban al cielo perdidos en sus pensamientos y hacían bolitas de masa de tarta. También había bebida de sobra, por suerte servida en vasos de cristal pentagonales, y no en la loca botella del señor Klein.

Cuando terminó la cena resonó el gong, el inventor del cero se levantó de su trono y desapareció en las alturas. Poco a poco también se levanta-ron los demás diablos de los números, empezando naturalmente por los más importantes, y volvieron a sus estudios. Al final sólo siguieron sentados Robert y su protector.

Un señor de brillante uniforme, en el que Robert no se había fijado, se acercó a ellos.

Seguro que es el secretario general, pensó Robert, el hombre que firmaba mi invitación.

-Bueno -dijo el dignatario con gesto severo-, ¿así que éste es su aprendiz? Bastante joven, ¿no cree? ¿Es capaz de hacer ya un poquito de magia?

-Aún no -respondió el amigo de Robert-, pero si sigue así seguro que empezará pronto.

-¿Y qué pasa con los números de primera? ¿Sabe cuántos hay?

-Exactamente los mismos que de los normales, los impares y los saltarines -dijo Robert con rapidez.

-Muy bien, entonces le dispensaremos de más pruebas. ¿Cómo se llama?

-Robert.

-Levántate, Robert. Por la presente te admito en el rango inferior de aprendiz de los números, y en señal de tu dignidad te concedo la orden pitagórica de los números de quinta clase.

Con estas palabras le colgó al cuello una pesada cadena, de la que pendía una estrella de oro de cinco puntas.

-Muchas gracias -dijo Robert.

-Naturalmente, esta distinción tiene que permanecer secreta -añadió el secretario general, y sin dedicar ni una mirada a Robert giró sobre sus talones y desapareció.

-Bueno, eso estuvo bien -dijo el amigo y maestro de Robert-. Ahora me voy. Desde este momento tendrás que ver cómo te las arreglas solo.

-¿Cómo? ¡No puedes dejarme en la estacada, Teplotaxl! -gritó Robert.

-Lo siento, pero tengo que volver al trabajo -respondió el anciano.

Robert vio que estaba conmovido, y él también tenía ganas de llorar. No se había dado cuenta de cuánto quería a su diablo de los números. Pero, naturalmente, ni el uno ni el otro querían que se les notara, así que Teplotaxl se limitó a decir:

-Que te vaya bien, Robert.

-Ciao -dijo Robert.



Y su amigo ya había desaparecido. Ahora Robert estaba sentado, completamente solo, en la gigantesca sala, ante la mesa vacía. ¿Cómo demonios voy a volver a casa ahora?, pensó. Tenía la sensación de que la cadena que llevaba al cuello se hacía más pesada a cada minuto. Además, tenía la fantástica tarta clavada en el estómago. ¿Habría bebido una copa de más? En cualquier caso, apoyó la cabeza en su silla y pronto se quedó tan profundamente dormido como si nunca hubiera salido volando por la ventana a hombros de su maestro.

Cuando despertó estaba, naturalmente, en su cama, como siempre, y su madre lo sacudía y le decía:

-Ya es hora, Robert. Si no te levantas enseguida llegarás tarde al colegio.

Ag, se dijo Robert, siempre lo mismo. En sueños le dan a uno las mejores tartas, y si se tiene suerte incluso le cuelgan a uno al cuello una estrella de oro, pero apenas despiertas se acabó todo.

Mientras, en pijama, se limpiaba los dientes algo le hizo cosquillas en el pecho, y al mirar encontró una diminuta estrella de cinco puntas colgando de una fina cadenita de oro.

Apenas podía creerlo. ¡Esta vez el sueño le había traído algo real!

Al vestirse, se quitó la cadenita con la estrella y se la metió en el bolsillo del pantalón, para que su madre no pudiera hacerle preguntas tontas. ¿De dónde has sacado esa estrella?, preguntaría enseguida. ¡Un chico como es debido no lleva joyas!

Era imposible para Robert explicarle que era una orden secreta.

En el colegio las cosas fueron como siempre, sólo que el señor Bockel daba la impresión de estar muy cansado. Se parapetaba tras su periódico. Al parecer, quería zamparse sus trenzas sin ser molestado. Por eso había ideado unos deberes que, estaba seguro, la clase necesitaría el resto de la hora para resolverlos.

-¿Cuántos alumnos tiene vuestra clase? -había preguntado. Enseguida, la aplicada Doris se había levantado y había dicho:

-Treinta y ocho.

-Bien, Doris. Ahora, escuchad bien. Al primer alumno de delante, ¿cómo se llama?, Albert, sí, Albert, le daremos una trenza. Tú, Bettina, que eres la segunda, recibirás dos trenzas, Charlie tres, Doris cuatro, y así sucesivamente hasta el treinta y ocho. Ahora, por favor,

calculad cuántas trenzas necesitaremos para que de este modo toda la clase tenga las que les corresponden.

¡Otra vez unos deberes típicamente embockelados! ¡Que se vaya al diablo!, pensó Robert.

Pe-ro no dejó que se le notara nada.

El señor Bockel empezó a leer el periódico con toda tranquilidad, y los alumnos se inclinaron sobre sus cuadernos de cuentas.

Naturalmente, a Robert no le apetecía hacer esos estúpidos deberes. Se quedó allí sentado mirando las musarañas.

-¿Qué pasa, Robert? Vuelves a soñar -gritó el se-ñor Bockel. Así que no quitaba ojo a sus alumnos.

-Estoy en ello -dijo Robert, y empezó a escribir en su cuaderno:

$$1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 \dots$$

¡Dios mío, qué aburrido! Ya al llegar al once se trabucó. ¡Tenía que pasarle a él, el portador de la orden pitagórica de los números, aunque sólo fuera de quinta clase! Entonces se dio cuenta de que ni siquiera llevaba su estrella. Se la había olvidado en el bolsillo del pantalón. Con cuidado, la sacó y se colgó la cadenita, sin que el señor Bockel se diera cuenta, al cuello: donde tenía que estar. En el mismo instante, supo cómo podía resolver el asunto de manera elegante. No en vano se sabía los números triangulares. ¿Cómo era eso? Escribió en su cuaderno:

$$\begin{array}{r} 1 \ 2 \ 3 \ 4 \ 5 \ 6 \\ 12 \ 11 \ 10 \ 9 \ 8 \ 7 \\ \hline 13 \ 13 \ 13 \ 13 \ 13 \ 13 \end{array}$$

$$6 \times 13 = 78$$

¡Si eso funcionaba con los números que iban del uno al doce, también tenía que hacerlo con los que iban del uno al treinta y ocho!

$$\begin{array}{r} 1 \ 2 \ 3 \ \dots \ 18 \ 19 \\ 38 \ 37 \ 36 \ \dots \ 21 \ 20 \\ \hline 39 \ 39 \ 39 \ \dots \ 39 \ 39 \end{array}$$

$$19 \times 39 = ?$$

Bajo el pupitre, sacó con cuidado su calculadora de la cartera y tecleó:

$$19 \times 39 = 741$$

-¡Ya lo tengo! -gritó-. ¡Es un juego de niños!

-¿Cómo? -dijo el señor Bockel, dejando caer su periódico.

-741 -dijo Robert muy bajito.

Se hizo un absoluto silencio en la clase.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó el señor Bockel.

-¡Ooooh! -respondió Robert-, se calcula solo. Y tocó la estrellita bajo su camiseta y pensó agradecido en su diablo de los números.